

Sobre la Plaza de España

Habana, Febrero 17 de 1936.

Querido Pepin: Ya que en otras cosas orientas, me parece que no vendría mal que en eso de la Plaza de España metieras tu cuarto a espadas.

He leído que existe el propósito de nominar a la Plaza del Cristo, Plaza de España. Cristo, por lo que es y significa debiera ser intransigible por su sentido de perpetuidad, humanamente pensando, pues que fué Dios y Hombre.

Cuando los españoles erigen una estatua monumental a Cristo en el Centro geográfico de España, y los americanos del Sur quieren marcar la raya de la Argentina con Chile con una imagen de Cristo en las cumbres andinas, no creo que convenga a los habaneros singularizarse borrando el nombre de Cristo. No es, en esta ocasión, el motivo religioso el que pone la pluma en mi mano. Lo hago por razones de estética y discreción, diremos de buen gusto.

Además, Cristo quisieron los habaneros que se llamara esa graciosa plazuela y Cristo será *per sécula seculorum*.

Rendir a España homenaje por españoles en Cuba, carece de toda significación de universalidad. No ocurriría lo mismo si el rendimiento fuese hecho por la cubana grey.

En la época colonial, con excepción de los escudos de Castilla y de León, en los edificios de Estado, fueron los cubanos los que daban nombre a calles, calzadas y monumentos. Examina despacio la Pila de los Indios y la Fuente de los Leones, en el Campo de Marte y advertirás que por el espíritu, por los ornamentos y por las inscripciones, por lo discreto de ellas, de aquel ilustre prócer Conde de Villanueva, eran y son testimonios en piedra de fidelidad racial. Los tres castillos y la llave, eran sano símbolo.

La misma estatua de Carlos III se consideró adecuada para ornar el magnífico paseo de su nombre y aún permanece erecta la de Fernando VII en la Plaza de Armas, porque los habaneros de antaño entendieron que si en la esfera política fueron más o menos justas las censuras al Deseado, es lo cierto que para la isla de Cuba fué, desde el punto de vista económico, un buen Príncipe. Estatua erigida por cubanos y no por españoles para españoles.

Para mí la Alameda de Paula, que no encierra evocación apreciable, podría convertirse en Cortina de España, a la manera de aquella lindísima Cortina de Valdés, que no recuerdo si tú alcanzaste y que los iconoclastas aplastaron con menos-

precio de todo sentido artístico urbanista.

A la entrada de la llave del Nuevo Mundo, que es y será la Habana, vértice del ángulo Morro-Tiscornia, sí que vendría bien; si Cristo no anubla mi entendimiento, si que vendría de perlas el nombre de Cortina de España: que la ingeniería cubana se encargaría de magnificar.

Traía de esto, caro Pepin, que a mí me hacen el mismo poco caso del mucho que suelen hacer cuando eres tú el parlanchin.

Tuyo,

Gabriel CAMPS.

*abm.
Feb. 20/36*